



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12409

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjeros.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

Administración y Redacción, Mayor 24

SABADO 30 DE MAYO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassanlin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartra, 31.

Los exámenes

Van á empezar. Pasada la semana que ya termina, comenzara para los estudiantes el tiempo de sesión.

Van á constituirse los tribunales y ante ellos han de evidenciar el aprovechamiento para obtener permiso de seguir andando en la carrera. De no probar que se empleó el tiempo de manera útil habrá que dar por no pasado el tiempo perdido, volviendo á empezar.

Para los que han vivido los últimos meses esclavos de los libros, el periodo que se abre pasado mañana es de satisfacciones y alegrías. Ese periodo es la puerta ancha que da paso al descanso, puerta en cuyo dintel queda constancia de haber realizado un trabajo con fruto. Para los que descuidaron los textos y apenas los miraron, prefiriendo las diversiones al deber, no hay alegrías ni satisfacciones, ni notas que halaguen, ni enhorabuena de amigos y parientes, ni recepciones cariñosas. Y al volver al hogar con el semblante triste, más parecerán reos de algún delito que hombres que aspiran a saber para cumplir su fin social.

Y evidentemente son reos; por que delito es destruir las ilusiones de los padres que procuran al hijo recursos, Dios sabe a costa de qué sacrificios, para seguir una carrera.

¡Un año perdido! Para el mal estudiante esa frase no significa casi nada. Un momento penoso que sigue a la comunicación de la policía, una amonestación paternal más tepleta de amargura que de acusaciones. Después nada, la vida en común, las atenciones maternales, las ilusiones que retoñan forjando esperanzas para el año futuro que no sera

perdido, porque de perderse.... ¡adiós porvenir!

¡Un año perdido! Qué poco efecto produce esa frase en la gente joven. En la gente vieja, o que está ya llegando al ocaso, ¡qué efecto más triste!

Si la juventud se percatara de lo que es la pérdida de un año en la carrera y las desastrosas consecuencias que puede acarrear, tal vez no hubiera malos estudiantes.

Pasado mañana se constituirán los tribunales; ante ellos ira desfilar la juventud que llena las universidades, los institutos, las escuelas, la que estudia en sus casas, patentizando en sus explicaciones las ciencias que aprendieron, las letras que cultivaron, las especialidades a que se dedicaron.

Luego vendrán las notas... ¿Buenas?... ¿Malas? ..

Para los que obtengan las primeras, nuestro parabién.

Para los que, mereciéndolo, alcancen las segundas.... nada: el péscame á sus padres.

Para los que por esos mil accidentes de los exámenes obtengan mala nota habiendo estudiado con provecho.... Contra la mala suerte no hay mas que conformarse, porque de nada sirve la protesta. Conque buena suerte.

UN ENTIERRO

No se trata de los que se hacen en el campo santo, sino de los que practica la gente malvante, émula de Candelas y Balsero, cuando dá con tontos.

Como tal ha sido considerado en este caso un señor Don Manuel Martínez, vecino de Villaverde de Trucios, el cual ha dado señales de serlo cuando ha renunciado á la posesión de doce mil duros que le caían inopinadamente por la chimenea.

Es una historia triste que conviene; un suceso que al ser denunciado por el de Villaverde, ha arruinado a una pobre familia. El jefe de ésta viendo perdido su negocio,

puede decir á aquél, cumpliendo las palabras de Megía,

Imposible lo habeis dejado para vos y para mí

Trátase de un capitán que estaba en Cuba cuando la revolución de la isla, y que al ver que aquello no se acababa, concibió, con otros compañeros, la idea de sublevarse al grito de viva Cuba libre.

Hacia falta dinero, mas para procurárselo promovieron una suscripción que ascendió en una periquete á treinta y ocho mil duros, cuando quiso la suerte negra del capitán Enrique Sánchez Carrillo,—que así se llama el desgraciado—tirar de la manta descubriendo el pastel.

Enterarse del fracaso y salir de estampín, de Matanzas para la capital, fué todo uno; mas pensando en su hija y su conyuja que estaban en Almería, le echó mano á los cuartos y se los apropió.

Venciendo mil obstáculos regresó á la península, desembarcando en Santander, á campo atravesado se vino para la costa de Levante; mas al pasar por Trucios el de Villaverde, le pesaba de tal modo el dinero que decidió enterrarlo.

Dicho y hecho; con ayuda de un muchillo hizo un hoyo en sitio despoblado, metió el maletín y requiescan in pace. Eso sí, tirando de papel y lápiz, hizo un croquis, y partió para Alicante á fin de embarcar para Almería.

Pero estaba de Dios que el desdichado militar no se diera el gustazo de abrazar á los suyos, pues casi con el pie en el estribo le echó la zarpa la policía.

Las penas que pasó el infortunado no son para contadas. Primero á las prisiones de San Francisco, incomunicado; después al consejo de guerra; luego al Castillo del Morro de la Habana y más tarde á este castillo de Galeras, en donde dice estar enfermo, sin recursos, pensando en su hija de diez y ocho años, que vive en Almería con una señora que se porta muy mal.

En esa situación, el capitán se ha dirigido á ese Don Manuel Martínez de Villaverde de Trucios, ofreciéndole la tercera parte del dinero enterrado, á condición de que le adelante un puñado de pesetas para algunos gastos; por ejemplo, pagar la pensión de su hija, douda á la cual debe aquélla los malos tratos que recibe y costear el viaje para que ésta vaya á Villaverde á sacar el dinero al aire libre.

¿Y saben los lectores lo que ha hecho ese Don Manuel, aunque se lo había encargado un secreto absoluto? Poner una carta á don

Oblivio, á este alcalde, diciendo lo que hay.

Y es claro, como bien se adivina, ni en el castillo de Galeras ni en ninguno hay un capitán Sánchez Carrillo cumpliendo condena.

Se trata de un entierro. Algún peje sabido en Villaverde de Trucios hay un Don Manuel bonachón y respetándole tanto ha querido engañarlo.

Pero se ha encontrado con un hombre listo y se le ha echado á perder el negocio.

IGUALDAD LAMENTABLE

En la noble cátedra de una docta Corporación una dama meritísima ha disertado con lucidez, oportunidad y acierto sobre un tema que jamás envejece: el feminismo ponderando, como es natural, las excelentes dotes que posee la mujer.

Parodiando al erudito aquel de marras podría ahora decirse que la importancia de la mujer se pierde en la noche de los tiempos; pero desde los primitivos hasta las actuales hay tanta distancia, que no hay quien la franquee.

No con vana retórica, sino con hechos, dicen los periódicos que demostró la ilustre disertante el papel importante que juega la mujer en la sociedad, juzgando su misión importantísima.

¿Quién lo duda? Prescindiendo de la jargueta aquella de la serpiente y de la manzana, que fastidió por completo al pobre Adán, es evidente que la mujer, lo mismo la prehistórica que la antigua, igual la de los tiempos medios que la moderna, juega un papel pero que muy importante en la sociedad.

No hace falta citar textos ni traer documentación de ningún género para comprobarlo: por cuya razón queda «ipso facto» (este latinajo viste mucho) proclamada esa verdad como un templo.

Pero... la distinguida dama en cuestión, dijo y demostró, según los periódicos, que las funciones cerebrales del varón y de la hembra, «son exactamente iguales», y aquí me tienen ustedes metido en un mar de confusiones.

¡El cerebro! ¡Buena la hemos hecho! La inmensa mayoría de las gentes estaba en el entender que la mujer tenía más corazón que el hombre, y éste más cerebro que la mujer; pero esa afirmación demostrada, nos saca de un error craso.

Y yo lo confieso con la mayor amargura, sin dudar ni por un momento semejante aseveración, que de fijo habrá sido contrastada con las autoridades científicas, la verdad, deploro, siento que eso sea verdad. ¡Estaba tan interesante la mujer con su coquecita á pájaros!

Ahora si que verdaderamente podemos decir que el hombre es «bello»; porque si «ella» «fuerde» «de la belleza» lo mismo que «él», el resultado va á ser desastroso para el varón, en cuanto se enteren de ello, que si se enterarán las hembras.

Paso que sean abogadas, médicas, oradoras, arquitectas y catedráticas, pero «filósofas»; ¡qué lástima! El hombre, inclinado naturalmente á creer todo lo que la mujer le dice, porque la consideraba una rayita más inferior, cerebralmente hablando, va á desconfiar ahora de cuanto le diga esa bella compañera de su existencia.

¡Iguales! Repito que el descubrimiento me contraría; y si fuera posible y estuviese en mi mano, aun cuando fuese en perjuicio del sexo fuerte y en ventaja del «bello», restablecer la desigualdad legendaria, lo haría sin vacilar.

¡Qué desencanto! La mujer igual al hombre; es decir, con los mismos defectos, los propios egosismos; pensadora, calculista, «letrada»... ¡qué horror!

Abel Imart.

VAGANCIA Y MENDICIDAD

El Sr. Maura ha presentado á las Cortes un proyecto de ley sobre este asunto, cuyos párrafos más interesantes del articulado son los siguientes:

Artículo 1.º Serán castigados con multas de 1 á 25 pesetas, y subsidiaria ó simultáneamente con arresto de uno á quince días.

1.º Los padres, tutores ó guardadores cuyos hijos ó pupillos menores de diez y seis años que estén á su cargo fuesen detenidos por hallarse mendigando ó en estado de vagancia ó pernoctando en paraje público.

2.º Las personas que se hagan acompañar de menores de diez y seis años, sean ó no de su familia, con objeto de implorar la caridad pública.

Art. 2.º Serán castigados con multas de 25 á 125 pesetas y arresto de quince á treinta días:

1.º Los padres, tutores ó guardadores que maltrataren á sus hijos ó pupillos usu-

vaje de Edgar para ir á buscar el consentimiento de su padre, probaba que la ceremonia estaba próxima y Valentina se confesaba con dolor que no la quedaba ninguna esperanza que abrigar.

ro no nombra persona, y quizás no sea la señorita Sirieux, con quien Edgar daba casarse... tal vez esto no sea más que un despecho, y se lo haga cambiar prontamente de parecer.

—¿Por qué? replicó Mma. de Champlery con dignidad, y respondiéndole á todo lo que estas pocas palabras querian decir. Si este matrimonio conviene á su familia, no hay razón para deshacerle.

Felizmente para Valentina, se interrumpió esta penosa conversación, que no se sentía con fuerzas para continuar.

Salió de casa de Mma. de Montbert afectando un aire gracioso é indiferente, más cuando estuvo en su carruaje, sus lágrimas corrieron en abundancia.

La noticia de este pronto matrimonio la parecía ser cierta; la aversión que habia manifestado por un segundo lazo eran suficientes á sus ojos para haber desimpresionado á Edgar y decidió le en favor de otra.

Sabia que el duque de Lorville deseaba casar á su hijo para tenerle á su lado, pues se encontraba muy aislado desde la pérdida de sus destinos en la corte y su interés de vanidad, que entibiaron algún tanto sus afectos. Sabia también que Mr. de Sirieux era su antiguo amigo, que esta unión les convenia á todos, y encontraba muy sencillo que, desesperado en su amor, Edgar tratase de hacer la felicidad de su familia con un casamiento que la misma deseaba. Además, este



VALENTINA esperó en vano á Mr. de Lorville al día siguiente; ni en este ni en los demás que siguieron pareció por casa de Mma. de Toutvenel, y se pasó una semana entera sin oír hablar de él. Mada-ma de Champlery se alarmó creyendo se habría incomodado con ella, y se decidió á hacer una visita á madama de Montbert, con la esperanza de que la diera noticias de su sobrino.

Fué recibida tan friamente, que quedó desconcertada.